



<p>PRIMERA EDICION.</p> <p>DOS REALES</p> <p>al recibir el número.</p>	<p>DIRECTOR</p> <p>ENRIQUE RODRIGUEZ SOLÍS.</p> <p>ADMINISTRACION: Tabernillas, n.º 8.—Madrid.</p>	<p>SEGUNDA EDICION.</p> <p>UN REAL</p> <p>al recibir el número.</p>
<p>AÑO II.</p>	<p>MADRID 21 DE MAYO DE 1872.</p>	<p>NÚM. 15.</p>

SUMARIO.

TEXTO.—El destino del hombre, por Federico G. Beltrán.—José Anselmo Clavé, por Pompeyo Gener.—Cuestiones científico-sociales, por J. Lopez Ocaña.—A la memoria de Arcebo, por José Estrada.—Cuentos populares, por Francisco Flores y García.—Causas del atraso del pueblo, por Leandro Fajardo.—Publicaciones, por Liso.—Revista general, por E. Rodriguez Solís.—Paris en América, novela. GRABADOS.—Romería de San Isidro, Madrid.—Prisioneros carlistas.—Combate entre la facción Gamundi y las tropas del Gobierno.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con objeto de armonizar las diferentes opiniones de nuestros estimados suscritores, la empresa de LA ILUSTRACION llevó á cabo la reforma anterior, que, á pesar de nuestros deseos, no dió los resultados que nos proponíamos. De entonces acá no hemos dejado de pensar en satisfacer los deseos de aquellos de nuestros lectores que deseaban un papel mejor y más escogidos grabados para nuestro periodico, y hoy creemos haber alcanzado lo que con verdadero afán buscamos.

Así pues, desde 1.º de Julio se publicarán dos ediciones de nuestra ILUSTRACION, la actual, que podremos llamar ECONOMICA, y la de JULIO, que será la nueva; la primera costará el mismo precio y contendrá exactamente lo mismo que la de julio, que costará dos reales, con la sola diferencia de que el papel que vamos á emplear en ésta habrá de ser satinado; ambas,

sin embargo, irán notablemente mejoradas así en los grabados como en el texto, puesto que nuestro deseo al fundar LA ILUSTRACION no ha sido otro que propagar nuestras ideas por todos los medios posibles, y el gran favor que el público nos ha dispensado prueba claramente que nuestro pensamiento ha sido acogido con entusiasmo por todos nuestros amigos y correligionarios.

Con estas mejoras y otras que sucesivamente iremos planteando, aspiramos á hacer de LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL la publicacion más amena, más popular y más barata de cuantas se publican en España.

Los suscritores de la edicion actual que quieran serlo á la de julio se servirán avisarlo bien por medio de nuestros corresponsales, ó bien directamente á nuestra Administracion, á nombre de José Castro y Cerbó, calle de Tabernillas, 8, principal, enviando el importe adelantado de diez cuadernos, ó sean 20 rs.

EL DESTINO DEL HOMBRE.

El hombre, que habia llegado á penetrar en el planeta en circunstancias favorables para su desarrollo, no divisaba en los primeros momentos los peligros que en

rededor suyo iban amontonándose para obligarle al estudio de las leyes naturales que desconocía. Libre y feliz en aquel estado que los poetas han venido retratando en sus églogas é idilios, vivía, como el niño, exento de toda preocupación, y el día siguiente el porvenir de la familia, todas las necesidades que después han ido creando obstáculos infinitos á la ventura y á la dicha, eran para él situaciones que no llegaba á comprender.

Pero un día las circunstancias cambiaron; aquella ignorancia y aquella candidez vinieron, como va la ilusión, á desvanecerse, y los dolores, y las angustias, y las privaciones, engendradas por el egoísmo, le hicieron fijar su atención, reconociendo desde aquel momento que, si tenía fuerza ó fuerzas, inteligencia y sentimientos, debía por su voluntad modificarse y modificar todo aquello que pudiera serle nocivo.

Entonces claramente comenzó para él la verdadera peregrinación á través de los tiempos, y comenzaron los martirios á que le condenaba su falta de conocimiento y la lucha incesante con todo lo que le rodeaba, esos lazos que formaban una red vastísima, en que le sujetaban los deseos y las necesidades de los otros.

II.

La horda apareció con toda su ferocidad, y los más brutales instintos despertaron por las necesidades múltiples que cada sér sentía en medio de su soledad y aislamiento. Acosado por el hambre, excitado por los lamentos de la mujer y del niño infeliz, falta de abrigo y estenuado, acometido por las fieras y sin cesar combatido por los elementos desencadenados, el hombre llegó á ser una verdadera fiera, más dañina y más temible cuanto por la inteligencia era más fuerte, y buscaba cada nuevos recursos para dominar y sujetar á su capricho aquello que le molestaba ó que creía necesario á su bienestar.

El sér que había nacido bueno y cariñoso, dispuesto y empujado á la sociabilidad, al sentirse libre había hecho uso de su libertad, perjudicando, y amenguando, y contradiciendo el derecho de los otros.

La lucha era ruda, y esta individualidad, más temible, más fuerte, más astuta, mejor organizada para el combate, más resistente á las inclemencias de la atmósfera, requería que contra ella se anuasen estas y aquellas individualidades por ella oprimidas.

Mientras tanto, otros mejor aconsejados, hallando una comarca más feraz y mejor acondicionada, se fijaron en ella para dar reposo á los miembros, constituían la familia en tribu y llamaban en su auxilio al rebaño, procuraban formar la choza, cubrir sus carnes con los despojos y las pieles de los animales que servían para su alimento y llegaban á establecer un verdadero progreso, en el sentido de la sociabilidad. Allí el padre era el señor absoluto, era el amo, y la familia toda debía resignarse á sus caprichos, si caprichos eran las órdenes que su voluntad dictaba.

El salvajismo y el patriarcado se confundían al nacer otro nuevo período social, que iba á consagrar un derecho imperfecto, una justicia muy inferior sin duda á las nociones que del derecho y de la justicia alcanzamos en nuestros tiempos.

El elegido de las tribus reasumía en sí los derechos de los padres de familia, y él por tanto imponía castigos y era señor de todos y regia y legislaba, y el arte y la industria aparecían y comenzaban los albores de la ciencia.

La guerra, el verdugo, el sacerdote, hé ahí los caracteres esenciales de aquella sociedad.

El trabajo condenaba, considerado como castigo; la industria reducida á pequeños ensayos; la ciencia brotando entre uno y otro sér inteligente, llegan por fin á extenderse, emanciparse, y preparan el advenimiento de la civilización.

III.

La civilización, más dulce, ménos fiera y altiva que la bárbarie, debía preparar todos los adelantos industriales y científicos por la fraternidad de las razas y de los pueblos, por el conocimiento de la ley de solidaridad, todos los elementos necesarios al gran progreso, á la unidad humana, y la civilización tenía sus caracteres especiales, y el hombre, en virtud de las leyes que rigen á toda agrupación, ha marchado entre las guerras y la violencia, y el fraude, y la hipocresía, y el dolo, y los crímenes más espantosos, sufriendo penalidades sin cuento y amarguras excesivas.

Una civilización nueva ha sustituido á otra caduca, y la bárbarie invasora ha hundido en ocasiones diversas las grandes maravillas del arte, y la civilización ha mantenido en pie esas máquinas poderosas que sirven para la destrucción y la matanza, que manchan las páginas de la historia y han llegado á producir un caos inmenso, un descontento inconcebible.

Dos mil años atrás, la filosofía, y en su nombre aquel que se decía el hijo de Nazaret, proclamaba el dogma de la fraternidad, reconocía todos los hombres iguales y libres, hijos del mismo padre, con el mismo derecho, con la misma organización y dispuestos á conocer la justicia universal.

Aquel hombre hallaba en todas las conciencias eso, y su voz ha llegado hasta nuestros días, aun cuando los escribas y fariseos han procurado impedir que su doctrina y sus dogmas, por ellos condenados, fueran desconocidos de la multitud. Ellos han variado por completo el sentido de las palabras; ellos han torcido los fines y el propósito de la redención; ellos han puesto al servicio de todas las tiranías las influencias que les proporcionaba el nuevo dogma de amor y solidaridad.

El dogma fué completamente transformado; el antiguo paganismo invadió los altares.

Los sacerdotes se mostraron como siempre, y á las palabras de amor y misericordia sustituyeron las de castigo inexorable y eterna justicia.

IV.

El leño de la cruz, donde los criminales, eran ajusticiados, fué convertido en objeto de adoración, y mil sectarios fanáticos, dóciles instrumentos de los emperadores, de la casta sacerdotal y de las gentes farisáticas predicaron por todas partes la sumisión y el respeto á

los poderes constituidos, la degradación del ser, la impureza de la indomable bestia—que así llamaban á la materia—la imposibilidad de que la fraternidad y la igualdad, el derecho y la justicia tuviesen aplicación sobre la tierra, señalando á los cándidos y á los sencillos la morada celeste como el término de los sufrimientos, como el reino de la verdad y de la libertad.

Y lo que debía servir para que se hundiese toda tiranía y terminara toda explotación, llegó á ser en manos de los audaces seides de la usurpación un elemento más de explotación y de miseria.

El hombre no era hermano del hombre sino en el cielo.

El trabajo era siempre el castigo de la desobediencia, en vez de ser considerado como la ley eterna é inmutable, porque es la ley de movimiento armónico, que lleva al desarrollo de todos los organismos haciéndole funcionar ordenadamente para el constante progreso y perfección, que es el objeto necesario de todo ser en este maravilloso conjunto que se llama lo infinito.

V.

Toda idea de unidad, todo sentimiento de justicia, toda moral quedaron así proscripciones; y como en las épocas descritas por la cosmogonía mosaica, y como en el mundo del paganismo, y como en todas las otras religiones y sociedades en los dogmas del que se decía hijo de Dios, en las sociedades que obedecieron á la influencia católica, en todas las sectas cristianas, el hombre quedó esclavo del hombre, y las leyes y las costumbres permanecieron en el absurdo y los errores se multiplicaron...

Pero el esclavo, sujeto por el látigo y por los rigores del hambre al duro trabajo de la tierra, se vió de nuevo obligado á buscar los elementos para su emancipación; y con su trabajo constante, por sus investigaciones, por su experiencia, por el conocimiento de los diversos fenómenos fué levantándose el dogma de la verdad, el dogma de la ciencia, que elaborado y amasado con la sangre de millares de víctimas, pone hoy en manos de todos la verdadera palma de la redención.

Hombres inconscientes y oscuros, sencillos é ignorantes, verdaderas máquinas rutinarias, han hecho brotar mil y mil fenómenos, que hiriendo en ciertas inteligencias han servido para buscar leyes bastantes á explicar uno y otro fenómeno.

El hombre no podía ni debía redimirse solo.

VI.

Lanzado en el movimiento universal y provisto de un organismo que sirve de salvaguardia á su individualización, ha tenido que completarse para llegar á ser apto, á formar con los otros seres semejantes un conjunto unitario superior y libre también, que se llama sociedad humana y que tiene señalado su organismo y sus funciones de conjunto.

Desde los primeros momentos, el hombre, empujado por el egoísmo, declaró disuelta toda sociedad, se concentró en sí propio, y lentamente, por medio de experiencias dolorosas, ha ido formando de nuevo su perso-

nalidad, investigando hasta dónde llega su derecho, comprendiendo lo que es y cómo se realiza la justicia. Auxiliado unas veces, contrariado otras por las circunstancias que le rodean, por el medio exterior, ha encontrado las leyes á que obedece toda sustancia, leyes que forman el admirable concierto que observamos en el mecanismo racional de los cuerpos celestes, que giran libremente durante millares de años sin producir trastornos ni sentir vacilaciones en la órbita que se han trazado.

Así podemos tener la clave de la historia, que no es otra cosa que la extensión en el tiempo y en el espacio de los hechos y de los fenómenos producidos por cada movimiento parcial en su incesante movimiento de lo infinito, que realiza la vida hoy incomprensible para nosotros en su esencia y en su verdadera significación.

Y por este modo, después de analizadas todas las fases que presenta ese gran cuadro que refleja los sucesos; después de fijarnos bien en los diversos períodos de la historia y de estudiar nuestro propio ser, podríamos llegar á deducir á dónde vamos, cuál es nuestra misión, cómo y por qué medios podemos constituir una sociedad perfecta donde el ser nacido para el bien halle el puesto natural, el desarrollo conveniente, la vida que le falta.

Y por este modo también, al juzgar los hombres y las cosas, halláramos en nuestro criterio el medio eficaz de comprender á qué propósitos obedecen y á qué fines les guía su propia actividad.

VII.

El hombre está dotado de resortes especiales que forman su vida íntima y dirigen todos sus actos. La anatomía, al estudiar nuestros órganos, se explica perfectamente el objeto, y es imposible que el hombre haya recibido en su parte intelectual y efectiva una organización defectuosa, cuando en el estudio de su organismo material hallamos la sencillez y la apropiación de los órganos por las funciones á que están destinados. La psicología no se halla á la altura de las otras ciencias; si la antropología no es hasta ahora una ciencia, preciso es que busquemos una y otra vez en las enseñanzas de la historia, en las acciones de cada individualidad los impulsos á que obedece, antes de condenar, como lo hacemos, la ambición y el amor, dos poderosas fuerzas que constituyen parte del ser, como el amor de la familia, y otras que, sin duda como las anunciadas, merecen detenido examen y profunda meditación.

No es nuestro objeto, por ahora, sacar deducciones de lo que dejamos expuesto. Después de trazar un rapidísimo bosquejo de la marcha de la humanidad y de sus vicisitudes, debíamos, al encontrarnos en la crisis penosa que atravesamos, mostrar á los que temen y á los que dudan que es por nuestra ignorancia y por nuestra indolencia por lo que se multiplican los males, y que es forzoso, de necesidad absoluta y urgente, adoptar el gráfico consejo de «conócete á tí mismo.»

Y es tanto más urgente y perentorio que el hombre salga de su ignorancia, que el ser redima al ser moral é intelectualmente, cuanto que si la evolución está realizándose en esta transmisión, todos nos hallamos bajo el peso de inmensa responsabilidad, puesto que, con-

sagrado el derecho é influyendo cada uno desde su esfera en la marcha de los sucesos por el voto, ha de procurar que sea concienzudo y que se defina perfectamente, que la democracia es el gobierno de todos; que tiene su forma especial, la República federal; que en la República democrática han de resolverse por el comun acuerdo, por las deducciones científicas, todas las antinomias, todos los problemas, fundiéndose en el comun interés, y todos los antagonismos que hoy dividen á los hombres.

FEDERICO C. BELTRAN.

JOSÉ ANSELMO CLAVÉ. (1)

José Anselmo Clavé, uno de los republicanos españoles más notables por sus servicios prestados á la causa del pueblo, nació en Barcelona el día 21 de Abril de 1824. Aprendió el oficio de tornero, en cuyo trabajo se le acortó la vista de modo que hubo de dejarlo por la imposibilidad en que se vió para continuar ejerciéndolo.

Dedicóse por vía de distracción á la música; sin maestro, y con solo su talento, logró adquirir conocimientos no escasos en este arte, que bien pronto le permitieron crear una sociedad musical entre sus antiguos hermanos de trabajo. En 1845 dicha sociedad cantaba las composiciones poético-musicales que Clavé componía como meros ensayos, y obtenía aplausos numerosos de inteligentes y profanos. Esto le hizo concebir la idea de la formación de los coros de obreros, cuya primera sociedad—que todavía dirige Clavé personalmente—se fundó en 1850. Constituida la primera, pasó á constituir otras en diversos puntos de Cataluña, y bien pronto no hubo pueblo de alguna importancia en el antiguo Principado que no contara con una, formada por lo más selecto de sus hijos. Con esta propaganda musical contribuyó no poco Clavé á la moralización de los caracteres y á la democratización de las costumbres. En 1862 dió una *Gran Festival* en los Campos Eliseos de Barcelona, en la cual tomaron parte 1.400 coristas y 200 músicos. En 1863 vino á Madrid á dar varios conciertos corales é instrumentales, lo que le valió los aplausos de toda la prensa en general. En 1864 dió la segunda festival en Barcelona, en donde logró reunir más de 4.000 coristas y 3.000 músicos, los cuales ejecutaron sus bellísimas y típicas composiciones, siendo dirigidos por él en persona. Sus cantos se popularizaron de tal manera en todas las comarcas de lengua catalana, que se oyen cantar á los hijos del trabajo desde Alicante á Tolosa, habiendo llegado también á producir eco en las islas Baleares. Las *Sociedades Entrepases*—como se titulan las expresadas—están constituidas de modo que forman unos centros ó Ateneos, con sus correspondientes clases de lectura, escritura, aritmética, dibujo, biblioteca y mesa de periódicos, etc., etc. Además son unas asociaciones de socorros mutuos para en caso de enfermedad, inutilización del trabajo, para los viudos y menores, y para los que entran en quinta, etc. Como músico, es Clavé uno de los primeros en España, pues sus composiciones

tienen una delicadeza de armonías, á la par que un vigor, nada comunes en las obras de los compositores de música popular. Además se distinguen por dar una idea de la localidad de Cataluña muy exacta, de modo que parecen hijas de la naturaleza de ese suelo mismo; así es que están sumamente adecuadas á la música, cosa difícil de realizar cuando compositor y poeta no son una misma persona, como comunmente sucede.

Descrito ya Clavé como artista, pasemos á describirlo como republicano.

Aficionado á la política desde su niñez, gracias á las ideas adelantadas de su padre, entró con sus hermanos Francisco y Antonio á la vida pública en 1840, afiliándose en el partido republicano, que á la sazón se estaba formando en Cataluña bajo la iniciativa del denodado figuerense Abdon Terradas. Tomó parte en los hechos de aquella época, batiéndose el 42 en las barricadas de Barcelona, saliendo á campaña en Junio y Julio del 43 con las partidas insurreccionadas, y permaneciendo en la capital del Principado con las armas en la mano defendiendo á la Junta Central que en ella se formara durante todo el sitio, que duró desde el 1.º de Setiembre hasta el 21 de Noviembre del año 43. A partir desde esta época, empiezan las persecuciones de los gobiernos reaccionarios en contra de la familia Clavé. En 1845, fué preso por orden del gobierno moderado junto con su hermano Francisco y encerrado en los insalubres calabozos de la tristemente célebre torre de la Ciudadela. Apenas vuelto al seno de su familia, tuvo ya que esconderse, logrando así escapar á las pesquisas de la policía. Conspiró con los pocos republicanos que en aquella época existían, y esto le valió el que fuera repetidas veces perseguido, hasta que estalló el movimiento progresista-unionista en 1854. Poco tiempo pudo gozar de la libertad que parecían querer garantizar los progresistas, pues en el 56, gobernando aun todavía estos, fué deportado á Mahón en compañía de su hermano Antonio. Al subir al poder los unionistas fueron trasladados á Palma de Mallorca, en donde viendo que el general Zapatero no quería incluirlos en la amplia amnistía que Narvaez diera al sustituir en el poder á O'Donnell, escaparon de la isla y permanecieron escondidos en Barcelona, en donde burlaron por espacio de cuatro meses las pesquisas de los *mozos de la escuadra*, que se habían empeñado en prenderle (1). Pero habiendo caído enferma de gravedad una hija suya, acudió como buen padre á cuidarla, y entonces fué cuando la antedicha guardia pudo ponerle preso. Zapatero se había propuesto enviarle á Filipinas, mas al saber por sus esbirros la situación de Clavé y hallándose él también en igual caso, pues tenía una hija desahuciada de los médicos, predominó el sentimiento humanitario en el déspota sobre sus habituales instintos y le puso en libertad. Como se hubieran hecho oficiosamente proposiciones á Clavé para que no se ocupara de política, al ser puesto en libertad por Zapatero, preguntóle con su acostumbrada entereza: «¿Se entiende que se me prendió como republicano y repu-

(1) Véase el núm. 34.

(1) Los *mozos de la escuadra*, cuya institución era puramente para la persecución de los criminales, han venido siendo en Cataluña los perros de presa de los capitanes generales hasta la disolución del cuerpo.

blicano se me suelta?» Habiéndole respondido el general que respetaba la constancia de su modo de pensar, díjole: «Pues así no tengo inconveniente en volverme republicano á mi casa.»

Después de este episodio ha sido uno de las primeras

figuras del partido en Barcelona, y se ha ocupado constantemente en su organización, siendo por esto perseguido por unionistas y moderados hasta que en Agosto de 1867 se le mandó salir de Barcelona dentro del corto espacio de algunas horas para trasladarse á Madrid, y



ROMERÍA DE SAN ISIDRO. — MADRID.

á los cuatro días de su llegada fué encerrado en el Saladero. Esto ocasionó la muerte de su hija mayor, jóven de catorce años, de gran talento y sensibilidad, la cual, impresionada vivamente por la suerte que podía caberle á su padre, pasó á Madrid para acompañarle á Fili-

pinas si allá se le mandaba, y enfermó de una dolencia mortal que la llevó al sepulcro.

Puesto en libertad después bajo la vigilancia de la autoridad militar, se trasladó otra vez á Barcelona, en donde le cogió el triunfo de la insurrección de Setiembre.

Durante el periodo constituyente ha prestado eminentes servicios al partido federal, ya por medio de la propaganda, ya por medio de la accion. Fué socio del club federalista de Barcelona (el primero que allí se instituyó).

Fué en los primeros momentos de la Revolucion redactor de *El Cohete*, periódico ateo y republicano. Escribió solo *La Vanguardia*, y más adelante formó parte de la redaccion del diario republicano federal intransigente *El Estado Catalán*.

Cuando la insurreccion republicana fué uno de los individuos de la Junta que se formó para sublevar el Principado. Entonces, perseguido por los progresistas, lo trataron de ladrón y bandido, cosa que nunca los moderados hicieron, ni los unionistas habían intentado.

Fué presidente de la última diputacion provincial, suspensa por el célebre D. Bernardo Iglesias; y cuando la muerte alevosa del general Prim fué intencionadamente delatado y conducido á Madrid sin más ni más por la extralimitacion ofensiva de cierto juez. Habiéndole tratado de ladrón y asesino, solo les faltaba á los progresistas 'un pretexto para tratarle de incendiario, y este no tardó en presentárseles. Con motivo de las quemadas de los fieltos de los consumos que el pueblo de Barcelona ejecutó últimamente, se le acusó de haber dirigido á las turbas, y tuvo que probar su inocencia delante del juez competente.

Últimamente le ha cabido la honra de ser nombrado representante del partido federalista de Barcelona en la Asamblea que hace poco se ha reunido en Madrid.

POMPEYO GENSER.

CUESTIONES CIENTIFICO-SOCIALES.

HIGIENE DEL PUEBLO.

VI.

Las primeras religiones no fueron un conjunto de misterios más ó menos conformes con el sentido de las ciencias, y de consiguiente, más ó menos absurdos é increíbles, sino una recopilacion de leyes higiénicas revestidas de todos los atributos de la divinidad.

La higiene, que, como acabamos de decir, era la base más firme del culto religioso, no podia ser por mucho tiempo del dominio exclusivo de los sacerdotes, y la civilizacion adelantando y la medicina rompiendo las cadenas que la forjaran sus poseedores, operaron de consuno una completa evolucion de ideas, presentando la higiene como obra de los hombres para la perfeccionasen y dieran el brillo de que fuera capaz.

Aparece en esta época el génio filosófico de Pitágoras al frente de la escuela Itálica, y este hombre profundo, fundando el materialismo médico, da el golpe de muerte á las antiguas creencias, y separa enteramente la higiene de los ritos religiosos, con quienes en su origen la vemos confundida.

Prohíbe á sus discípulos el uso de las carnes; les prescribe alimentos del reino vegetal con preferencia á todo otro régimen, y les aconseja huir del comercio amoroso como tambien de las bebidas alcohólicas ó espirituosas.

Estas prohibiciones estaban fundadas en extremo, con solo saber que estableció su escuela en la parte meridional de Italia, donde lo ardiente del clima reclamaba una alimentacion poco reparadora para gozar de perfecta salud.

Los caldeos, chinos y cretenses rinden tambien culto á la higiene; uno, separando los enfermos de los sanos para combatir el contagio; otros, impidiendo el matrimonio entre parientes, y todos, prohibiendo muchas especies de animales hasta adoptar unánimemente el régimen vegetal.

Los persas y griegos, pueblos entonces poderosos, legaron todos los niños á la patria, á la que dicen pertenecerla, y la nacion cuidaba de educarlos y mantenerlos hasta su desarrollo total.

Lo mismo Persia con Jenofonte que Grecia con Licurgo, son dos pueblos de atletas, donde se hallaba unida la mayor suma de virtudes á la robustez más apetecible.

Pero tambien este efecto reconoce su causa. Hace Jenofonte que los niños de Persia sean sóbrios en la comida hasta el extremo de no concederles más que pan de cardamomo mientras no son púberes, y luego los dedica á la caza y al ejercicio de las armas, con cuyas medidas logra una generacion fuerte y robusta exenta de vicios y enfermedades.

Otro tanto consigue Licurgo de su pueblo ordenando las danzas guerreras, los combates singulares, los baños y comidas públicas y los ejercicios gimnásticos.

Los romanos celebraban igualmente sus ejercicios corporales, se bañaban públicamente, y no eran los gimnasios los edificios menos suntuosos de aquella nacion.

Conocedora la Iglesia cristiana de la tristísima verdad que obligó á los antiguos sacerdotes á apoderarse de las leyes higiénicas y revestirlas del carácter religioso, entre revelada á no, decreta su dietética especial organizando los ayunos y los asilos monásticos, que contra todas las teorías de los autores creemos que son delitos de lesa fisiología, á la par que el mayor contrasentido que la mente humana puede concebir.

Porque la Cuaresma sea provechosa para algunos, quizá hoy para los menos, dados los infinitos vicios arraigados en la sociedad, áhemos de deducir que en general es un acuerdo en perfecta armonía con la fisiología?

Qué, porque así lo creyeran los fundadores del cristianismo y hoy lo mande á cada paso un hombre infatigable, cuya vida crapulosa es un mentís solemne á sus pujos divinos, áhemos á admitirlo los que posponemos á nuestro criterio médico todo lo que huele á misticismo y trasciende á la lengua á teología?

La Cuaresma no es institucion divina, como no son instituciones divinas las órdenes monásticas.

El médico y no el cura, la ciencia y no la supersticion, deben ser quienes legislen para el hombre físicamente considerado.

¿Qué saben los curas, esos libros teológicos incompletos y desencuadrados, de temperamento é idiosincrasia, de fisiología y patología, de linfa y sangre?

La Cuaresma es conveniente para el hombre de temperamento sanguíneo, que necesita disminuir la riqueza

za de su sangre al aparecer la estación primaveral; pero no al linfático ni al nervioso, que deben procurar á todo trance dar más plasticidad á la suya haciendo uso de alimentos en extremo reparadores.

Hemos visto jóvenes opiladas, cloróticas, que, alentadas por el confesor ó por sus familias, ayunaban rigurosamente durante la Cuaresma, creándose así enfermedades mortales, que el médico más experto no podía combatir en manera alguna; hemos visto otras que, más místicas todavía, ayunaban á pan y agua todos los viernes del año, á la vez que atormentaban su cuerpo con horribles silicios, dando de tal modo origen á la formación de úlceras de tardía curación; y ante semejantes asesinatos, que no otro nombre merecen preceptos de esta índole, el hombre de ciencia tiene un deber sagrado que cumplir, enseñando á los profanos la verdadera higiene, aunque para ello necesite prescindir de ciertas cosas, que en mal hora aparecen con la higiene amalgamadas.

Por otro lado tenemos que la verdadera Cuaresma, que nosotros mandaríamos observar á quien lo necesitase y nada más, es una especie de dura penitencia impuesta absolutamente al pueblo trabajador, que no puede proporcionarse la diversidad de pescados que en general usa y abusa la clase acomodada, ni deja durante el día de invertir materialmente sus fuerzas, excitando así sus sensaciones y muy especialmente la del hambre.

Lo mismo precisamente que á los cristianos sucede á los mahometanos, quienes es cierto que no toman alimentos de sol á sol, conforme lo ordena el Korán; pero en cambio los más acomodados pasan las noches en completa orgía y duermen tranquilamente durante el día, pudiendo por lo tanto y sin esfuerzo alguno cumplir los mandamientos principales de su religión.

Nosotros, pues, nos pronunciamos contra la Cuaresma á fuer de higienistas, y nos pronunciamos contra ella por lo que tiene de divina, siendo institución humana, y de medida general, siendo una regla de buena salud para cierta clase de individuos que nadie como el médico puede señalar.

Respecto á la vida de la celda, vida de ocio y de molición, y por consiguiente voluptuosa y sensual, no diremos sino que además de faltar, adoptándola, á las sabias doctrinas vertidas en el Gólgota, se rompe lastimosamente con la moral y la higiene, aun cuando pretendan otra cosa los modernos fariseos de negra hopalanda.

J. LOPEZ OCAÑA.

(Se continuará.)

A LA MEMORIA DE ACEVEDO.

Honra, energía y denuedo,
consecuencia y patriotismo,
cubren el eterno abismo
de la tumba de Acevedo.
¡Murio el héroe! Vertido quedo
triste llanto á su memoria,
aunque mañana la historia
dirá que, honrado y valiente,
cada cansa de su frente
un rayo fué de su gloria.

Murió el héroe sin segundo,
que dió á Castilla renombre,
y ya se extiende su nombre
por los ámbitos del mundo.
¡Cuán triste si moriendo
vió del poder los alardes!
¡Ay de ti, como no guardes
vivo su ejemplo, Castilla!
¡No se lava tu manella
con lágrimas de cobardes!

JOSÉ ESTRADA.

CUENTOS POPULARES.

I.

El soldado.

Casi la totalidad de los habitantes del pueblo de Álora (Málaga) se encontraban reunidos en la plaza del mismo el primer domingo de Abril del año 1864, á cosa de las once de la mañana.

El más profundo sentimiento y la ansiedad más viva se pintaban en todos los semblantes. Una sola idea dominaba á aquellos corazones. Un silencio sepulcral, que tenía mucho de imponente, presidía tan numerosa reunión, y todas las miradas se fijaban instintivamente en uno de los balcones del más grande de aquellos edificios.

El balcón, sin embargo, permanecía cerrado, y ningún objeto había en él que excitar pudiera la pública curiosidad.

Al sonar la primera campanada de las doce abrióse el balcón mencionado, apareciendo en él un hombrecillo de raquítica y repugnante figura.

De la multitud se escapó un rumor indefinible, una especie de alarido que lo mismo podía significar el dolor que la rabia, la impaciencia que la sorpresa, la incertidumbre que la desesperación. En aquel rumor había algo de la ferocidad de la borrasca, y lo mismo parecía el bramido de la ola que el suspiro del viento.

Elregonero ejerció su oficio, y un cuarto de hora despues aquellos sencillos campesinos abandonaban la plaza riendo unos y llorando otros.

Una terrible lotería había condenado á unos cuantos á la más bárbara esclavitud, salvando de ella á otros, cuando todos tenían el mismo derecho, cometiendo dos crímenes gravísimos: el primero y principal consistía en hacer soldados (esclavos) á seres por naturaleza libres, y el segundo en crear un privilegio, siempre odioso, libertando de esa misma servidumbre á los que solo habían tenido en su favor un capricho de la suerte.

El dolor y la alegría formaban un singular contraste en el pueblo de Álora.

Las afortunadas madres de los libertos se regocijaban de su buena estrella dando gracias á Dios, mientras las desventuradas madres de los nuevos soldados lloraban amargamente su desgracia y á Dios se querellaban de su fatalidad, como si Dios pudiese tomar parte en las iniquidades ni en las locuras de los hombres.

Caía la tarde del cuarto día posterior al del sorteo.

Un joven de los sorteados, de elevada estatura, de grandes ojos negros y de modales rudos, al par que sen-

cillos, atravesaba lentamente las calles del pueblo dirigiéndose a uno de sus extremos.

Por un sentimiento impulsivo, que solo comprenden los que se han ausentado alguna vez de los patrios lares, Rafael, que así se llamaba nuestro personaje, dirigía miradas escrutadoras á todas partes como para grabar en su pensamiento y en su alma las últimas impresiones y los últimos recuerdos del lugar que le vio nacer y el que contra su voluntad abandonaría bien pronto.

Y esta idea mortificadora arrancaba una lágrima de sus ojos y un suspiro de su pecho.

Aislada, circuida de árboles y con un jardincito delante de la puerta, se elevaba á la salida del pueblo una casita blanca de modesta apariencia.

En el salon principal del único piso que despues de la planta baja tenía la casa estaba constituida la escuela del pueblo.

Un anciano de honrada al par que venerable fisonomía, sentado detrás de una gran carpeta colocada en el testero principal de la habitación, seguía con la vista los movimientos de unos cuarenta niños que delante de sí tenía, sentados unos y de pie otros, ocupados estos en leer carteles y trazar cuentas en las pizarras, mientras aquellos sobre sus respectivas banquetas escribían planas.

Este cuadro, al parecer tan sencillo, interesaba á primera vista el corazón de cualquier observador que algo se interesase en la civilización, en la cultura y en el progreso de su siglo.

La instrucción popular, base firmísima de la libertad, del orden y de la moralidad de las naciones, estaba allí dignamente representada. Aquellos inocentes niños, el mayor de los cuales no llegaría á diez años ni el menor bajaría de cinco, guardaban un orden y una compostura increíbles, fijos únicamente en las lecciones que estudiaban y en las muestras que á sus planas trasmitían.

El maestro, más que tal parecía el padre de aquella infantil prole: severo al par que cariñoso, había comprendido como pocos la grandiosa misión del profesorado, en la cual había encañecido, y la llenaba dignamente.

Rafael había entrado en la casa de la escuela, y despues de pronunciar algunas palabras al oído de una hermosísima mujer que quizás por algo más que por casualidad había encontrado entre el portal y la escalera, subió ésta precipitadamente, penetrando en la clase.

Y todos los niños, como movidos por un resorte, se volvieron hácia el recién llegado, fijando en él una mirada de sorpresa.

El maestro se levantó de su asiento y tendiéndole cariñosamente la mano,

—¿Cuándo es la marcha? le preguntó.

—Mañana, al romper el día.

Medieron algunos momentos de silencio, mientras ambos interlocutores se miraban fijamente, comunicándose sin duda con el lenguaje del alma. Hay ocasiones en que los ojos dicen en un minuto lo que decir no podrían los labios en un año.

—Sr. Diego, dijo Rafael despues de un instante procurando dominar la emoción que le embargaba mañana, cuando el sol envíe á esta hermosa comarca sus primeros rayos, yo me ausentaré de ella, quizás para no volver...

—No hables de ese modo, hijo mío; la esperanza es el principal aliciente de la vida. Confía en Dios, y no te abandones de esa suerte al pesar. ¿Quién sabe lo que sucederá en el día de mañana?

—Tengo un encargo que hacer á Vd. antes de partir.

—Habla, hijo mío.

—Mis padres...

—No prosigas. Sé cuál es mi deber. Tus padres vendrán á vivir con nosotros, participarán de nuestra pobreza, y ellos, mi Aurora y yo, rogaremos al Todopoderoso que sano y bueno te vuelva al seno del hogar cuando hayas pagado á la patria, ó al rey, el tributo que segun las inícuas leyes actuales le debes.

—Mi agradecimiento...

—Nada tienes que agradecerme; hace tiempo te considero como hijo mío; tu honradez y tus virtudes te han conquistado mi aprecio, y cuanto yo pueda... ¡Qué injusticias cometen los hombres en nombre de la ley! exclamó de pronto variando de tono y como hablando consigo mismo. Este muchacho es el único apoyo de su familia, y porque su padre tiene 50 años y no 60, como marca la ley, le obligan á ser soldado por ocho años. Esto es incaleficable.

—Esta es la justicia del mundo, exclamó con sarcasmo el jóven.

—¿Te has despedido ya de Aurora? le interrogó el anciano, procurando apartar su pensamiento de tan cruel idea.

—Más tarde lo haré, repuso el jóven poniéndose vivamente encendido.

—¡Pobre hija mía!

—Como á la hora de partir probablemente no habrá Vd. abandonado el lecho, quisiera despedirme de Vd. en este momento.

El Sr. Diego abrió sus brazos recibiendo en ellos á Rafael.

Por espacio de algunos minutos permanecieron estrechamente abrazados, oyéndose solo los tristes sollozos que ambos exhalaban.

Los inocentes niños, mudos espectadores de esta senda escena, impresionados vivamente, participando del dolor que ante sí tenían, prorumpieron en un tan tiernísimo como amargo llanto.

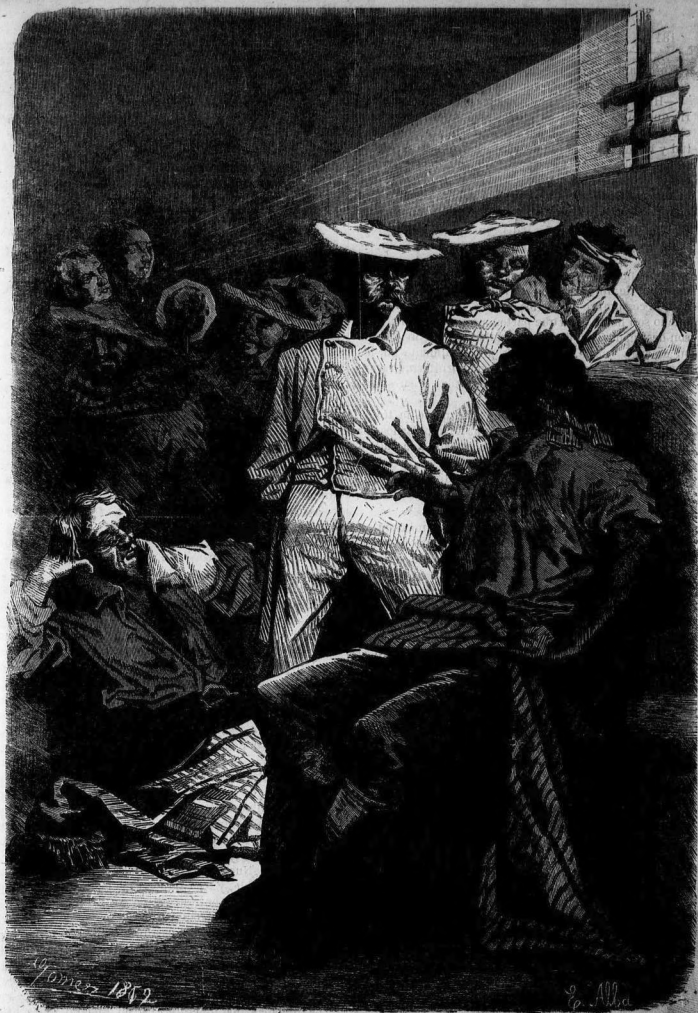
Rafael se desprendió de los brazos del anciano, estrechó su diestra, y un momento despues bajaba la escalera.

En la puerta de la calle encontró á la misma mujer con quien hablara antes de subir, y

—Que no faltes, Aurora mía, la dijo. Al despuntar el alba en la cruz de la ermita.

—No faltaré, contestó la jóven con voz entrecortada y volviendo la cabeza como para ocultar dos lágrimas cristalinas como gotas de rocío que se deslizaban por sus mejillas.

Rafael se retiró, no sin haber estampado un beso en una mano que involuntariamente le había tendido Aurora.



PRISIONEROS CARLISTAS.—(DIBUJO REMITIDO),

Ayuntamiento de Madrid

Entre tanto, el Sr. Diego, dirigiéndose á sus enternecidos discípulos exclamó con voz conmovida:

—Hijos míos: la hora de clase ha pasado; mas deseaba que antes de que os retiráseis á vuestros hogares eleváramos una oración á Dios rogándole conceda salud y buena suerte á ese desventurado que va á arrostrar los peligros de la guerra, como igualmente á todos sus infortunados compañeros.

Acto continuo hendió los aires la sublime armonía de cuarenta voces frescas y sonoras que entonaban un himno religioso.

Había cerrado la noche.

En los pueblos pequeños, como en algunas grandes capitales de nuestro país, hay, desde tiempo inmemorial, la costumbre de que los quintos, desde el momento que lo son hasta el en que parten á los cuerpos á que son destinados, sin duda para dulcificar en lo posible su amarga suerte, se reunan, principalmente por las noches, y á los acordes de una ó más guitarras recorran las calles cantando coplas adecuadas á su situación.

Los quintos de Álora, siguiendo fielmente la tradición, habían organizado su *parranda*, é impulsados por la fuerza de la costumbre habíanse lanzado á la calle á desahogar su dolor cantando sus penas.

Hay un gráfico refrán castellano que dice:

«Cuando el español canta,
ó rabia ó no tiene blanca.»

Sin que nosotros pretendamos sentar esta máxima como una verdad absoluta, en el caso presente podemos afirmar que el canto de aquellos infelices no sería ni mucho menos la expresión de la alegría.

La noche que nos ocupa era deliciosa, como son generalmente las noches primaverales en Andalucía. Mil lucientes estrellas tachonaban la azulada bóveda del firmamento, y una luna, llena y resplandeciente, tendía la plateada madeja de sus melancólicos rayos sobre el pueblecito de Álora, cuyo blanco caserío parecía una bandada de tímidas palomas posadas en la verde extensión de una pradera.

Una brisa apacible agitaba suavemente las copas de los árboles llevando en sus alas el deleitable aroma del azahar que ostentaban en sus ramas los mil y mil naranjos que esmaltan aquel fecundísimo suelo.

El canto de los mozos que recorrían las calles parecía más que una realidad una fantasía de la imaginación. En los cantos andaluces, como en los árabes, hay un sentimiento tan inexplicable y tan fino, si se nos permite la frase, que penetra, como no puede penetrar ningún otro, hasta lo más recóndito del corazón, conmoviendo una á una todas las fibras del alma.

Sería la media noche cuando la *parranda*, después de haber recorrido diferentes veces todas las calles del lugar, vino á pararse junto al edificio que ya conocen nuestros lectores á la salida del pueblo.

Una voz entera y robusta entonó las siguientes coplas:

Ya se van los quintos, madre,
sabe Dios si volverán,
y van los pobres cantando
porque no pueden llorar.

Despierta si estás dormida,
aurora de la mañana,
y escucha los tristes ayes
de un corazón que te ama.

Una luz brilló al momento en el balcón de la fachada principal, y la figura de Aurora se dibujó ténueamente en los cristales.

La misma voz continuó:

Me voy á servir al rey
porque la ley lo ha dispuesto;
mas el pensamiento es libre
y con mi Aurora lo dejo.

La *parranda* se alejó de aquel lugar.

Algunos instantes después el más profundo silencio reinaba en el pueblo, y los nuevos soldados, obedeciendo á una ley de la naturaleza, reposaban en los brazos de Morfeo.

¿Dormiría Rafael?

¿Podría Aurora conciliar el sueño?

(Se continuará.)

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

CAUSAS DEL ATRASO DEL PUEBLO.

Es esta la primera vez que escribo para el público, la vez primera que me expongo á la crítica de personas más competentes que yo en todos los conocimientos humanos; y naturalmente, emprendo este trabajo con la timidez que necesariamente existe en un joven de escasos conocimientos, y que se atreve á publicarlos para que probablemente sean leídos por personas de sólida instrucción y más dignas que yo de llenar el espacio que ocupan estas líneas con la peor de sus producciones.

Pero he resuelto llevar á cabo este trabajo por varias razones, que, si no poderosas para disculparme, tienen á lo menos el mérito de que son justas y dignas de ser atendidas por la sociedad. Las razones que me han movido á escribir estos renglones son la ignorancia del pueblo y la imposibilidad de desarraigarla con las ideas, las costumbres y las instituciones que ahora nos rigen. Quiero averiguar, en resumen, las causas de su atraso, y si es compatible el estado actual de la sociedad con los progresos que imperiosamente reclaman su entrada donde ahora existen la indiferencia y el quietismo.

El pueblo trabajador de todas las naciones, y principalmente el de la nación española, de esta nación á quien particularmente me refiero, está sumamente atrasado en todos los conocimientos que forman la principal riqueza de las sociedades, y que son los móviles de los grandes inventos y adelantos en las industrias de todas clases. Nuestra agricultura se encuentra en un estado deplorable, y los campos españoles, de suelo tan fértil y productivo, entristecen por su aridez desconsoladora, debida al sistema rutinario que predomina en nuestros labradores y á la costumbre de vivir aglomerados en sus pueblos, dejando desiertos los campos, en lugar del cultivo inteligente, si así puede llamarse al que se hace ayudado por los conocimientos que nos proporcionan las ciencias.

La industria manufacturera, y en general todos los adelantos en los trabajos mecánicos de que tanto se va-

naglorian las naciones industriosas, son casi nulos en la nuestra por el atraso de las ciencias físicas y naturales y el desprecio con que generalmente se mira á esas profesiones, en lugar del fomento y actividad en esos ramos, que permitirían al obrero saber lo que hace y averiguar las causas de los errores que comete.

Las ciencias morales y sociales, tan útiles para perfeccionar las cualidades y el carácter del hombre, y para destruir las preocupaciones nacidas de la ignorancia de nuestro deber y de las falsas relaciones con que miramos á nuestros semejantes, son miradas con una indiferencia tan grande como el fanatismo que las sustituye, y pospuestas á esas prácticas y creencias absurdas que tuvieron origen en los oscuros tiempos de la edad media. De esta causa depende principalmente el odio que tenemos á los extranjeros, cualidad tan peculiar á nuestra raza, la falta de conocimiento de nuestros deberes y el abuso que hacemos de nuestros derechos.

¿Pero se debe imputar al pueblo mismo la responsabilidad de su ignorancia, ó será más lógico atribuírsela á los poderes que lo han dominado con la fuerza del engaño? ¿Cuáles serán las causas del atraso de esa gran mayoría del pueblo á que desdenosamente se le da el nombre de *cuarto estado*? ¿Cuál será la causa del atraso del pueblo español, de este pueblo tan célebre al principio de la edad moderna y que decaído é inerte ahora, parece que solo vejata al recuerdo de sus pasadas glorias?

Muy difícil es averiguar todos los motivos que han influido en los trabajadores para hacerles inaccesible el goce de la instrucción que otras clases se han apropiado; difícil porque son muchos esos motivos, y porque no en todos los países han reinado los mismos y con las mismas circunstancias; pues las diferentes costumbres de los hombres y los caracteres que les imprimen han contribuido en alto grado á variar ó modificar su civilización.

Pero entre tantas causas poderosas descuella una que las absorbe todas, y que aun está amenazando á las clases obreras, á pesar de las profundas revoluciones de este siglo y de la variación que ha sufrido la sociedad en todas sus esferas. Esta causa, que ha tenido su origen en la esclavitud y que puede considerarse como la hipócrita continuación de aquella injusticia, es el proletariado, la miseria; esa desgracia fatal de los hijos del pueblo, y que se trasmite de generación en generación, como la herencia más pingüe, aunque sin estar expuesta al riesgo que esta tiene de perderse por nuestra voluntad. Mal horrible, á cuya sola expectativa se estremece el ánimo del hombre, y principalmente el del pobre que es jefe de una familia numerosa y que tiene la obligación de atender á sus necesidades; mal que es causa de muchos crímenes y deshonras, porque el instinto de conservación, á pesar de lo que digan los filósofos espiritualistas, es y debe ser superior á esas nociones abstractas é ideales del bien y el orden; mal, en fin, que la sociedad ha tratado de prevenir castigando sus efectos, como si una causa dejara de producir lo que por naturaleza está destinada á hacer, sin atacarla á ella directamente.

He indicado ya que el origen, ó el principal origen de la miseria es la esclavitud, y para probarlo basta con-

sultar á la historia de la Edad media, sin tener necesidad de remontarnos á más lejanas épocas. Por ella vemos que los ascendientes del pueblo, los trabajadores de aquellos tiempos de ferocidades y crímenes, eran, ya esclavos adscritos á la tierra, conocidos con el nombre de *siervos de la gleba*, siervos ya sujetos á sus señores, iguales en condición á los antiguos esclavos romanos.

Cuando las primeras nociones de la libertad del hombre empezaron á dejar sentir su influencia en aquellos corazones, degradados por el despotismo que los oprimía, y en aquellas inteligencias paralizadas por la abyección á que estaban sometidas, no encontraron el eco que se debía esperar, porque aquellos infelices, sumidos en la ignorancia, no podían imaginar que el hombre no necesita, para resolverse á hacer lo que le conviene, ni el apoyo de un señor, ni el mandato de un tirano.

Es cierto que al fin el pueblo recobró su libertad, merced á los nobles y sublimes esfuerzos de los municipios en la Edad media y al ambiente regenerador de la reforma en el siglo XVI; pero ¡qué libertad tan mezquina se le concedió en recompensa de las fatigas por que había pasado! Sus dueños, más astutos, por no decir más instruidos que ellos, se apropiaron en compensación del beneficio que les habían hecho, y en cumplimiento de las leyes que les daban las adquisiciones de los esclavos, todos los ahorros de sus trabajos, ganados á costa de tantas desgracias y humillaciones; y el hombre, que al parecer había de ser más feliz con su nueva condición, se vió en la triste necesidad de volver á sus antiguas señoras pidiéndoles protección y trabajo, y teniéndoles que agradecer el pan que tan inicuamente le habían robado. Es cierto que las leyes germanas concedían á los esclavos la propiedad de su peculio, negada por las leyes romanas; pero bien sabían los señores que era fácil suprimir el peculio de un siervo y eludir por consiguiente una ley justa para aquella época. Además, en las épocas en que el pueblo salió del yugo señorial dominaban ya en la sociedad las tendencias y la legislación romanas, tan tirana para los esclavos, á pesar de la benignidad de sus últimos tiempos; y por esta causa el hombre del trabajo quedó adscrito á la misma tierra y al mismo señor que antes tenía, obligado por el hambre y la necesidad, ya que no por la ley.

Los descendientes de estos infelices *libertos*, despreciados porque despreciable era la condición de sus padres, y *proletarios* porque habían heredado por único patrimonio la miseria de sus ascendientes, no pudieron adelantar nada más de lo que estos hicieron en el camino de su regeneración, y su trabajo quedó por consiguiente con la mezquina retribución que tuvo desde el principio. Si alguno de estos hombres se enriquece y logra conseguir una fortuna capaz de satisfacer con creces todas sus necesidades, es más bien debido á un golpe de la suerte, ó á medios ilícitos de que se vale, que al producto de su trabajo.

(Se continuará.)

LEANDRO FAJARDO.

PUBLICACIONES.

LA ESTAFETA DE PALACIO.

Cartas trascendentales, por D. Ildefonso Antonio Bermejo.—Editor, Roque Labajos, calle de la Cabeza, 27, Madrid.

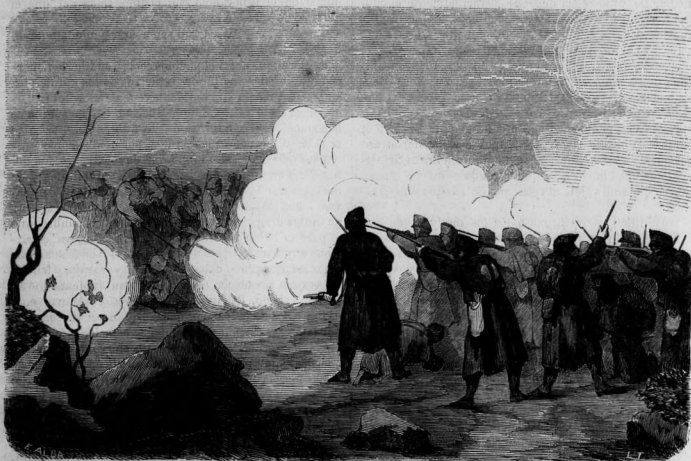
Ninguna tarea más agradable para el crítico, que busca con verdadero interés y recto juicio la belleza de la forma, la verdad en el relato, la profundidad en el fondo, las delicadas escenas y los pensamientos grandes y levantados, que el ocuparse de obras como *La Estafeta de Palacio*.

Esta obra, que su autor, bien conocido en la república de las letras, titula *historia del último reinado*, es un estudio completo

de nuestra época y de los últimos y azarosos tiempos por que ha atravesado nuestra desdichada patria.

De *La Estafeta de Palacio* se ha ocupado la prensa toda, prodigándole los mayores elogios, y no seremos nosotros, aunque adversarios políticos de su distinguido autor, los que neguemos nuestros aplausos á una obra tan bien pensada como delicadamente escrita, cosa no muy común por desgracia en nuestros días.

En sus elocuentes páginas se describe de una manera admirable la desdichada corte de Carlos IV y las invasiones francesas; se retratan los hombres políticos, se presentan, en fin, los acontecimientos todos con un colorido tal y con una riqueza y novedad de importantes documentos, muchos de ellos inéditos, que el lector queda profundamente impresionado y sujeto á la voluntad



COMBATE ENTRE LA FACCIÓN GAMUNDI Y LAS TROPAS DEL GOBIERNO.—BAJO ARAGON.—(CRÓQUIS REMITIDO).

del que así maneja la rica habla de Cervantes como conoce la historia ó como sondea el corazón humano, buscando en él las más de las veces la explicación de ciertos sucesos hasta hoy ignorados ó mal comprendidos.

Felicitemos sinceramente al Sr. Bermejo por su *Estafeta de Palacio*, si bien debemos hacer constar nuestra falta de conformidad con ciertas apreciaciones suyas, hijas de la escuela política á que el autor pertenece, y por la cual ha juzgado á algunos hombres y no pocos acontecimientos.

No terminaremos sin recomendar tan preciosa obra á todos los hombres ilustrados y amantes de lo bello, seguros de que en sus páginas han de encontrar grato solaz y provechoso entretenimiento.

La obra se publica en Madrid, repartiéndose cada semana un cuaderno de 32 páginas grandes, en 4.º francés, al precio de dos reales en toda España. Se ha terminado el primer tomo, que se

halla de venta al precio de 55, rs. y están repartidos algunos cuadernos del segundo tomo.

NIU D'ABELLES (NIDO DE ABEJAS.)

Con este título ha comenzado á publicar en Valencia nuestro estimado amigo y colaborador Constantino Llombart, una colección de epigramas lomosines, verdadera joya de la literatura lemosina.

En un concienzudo y erudito prólogo, que aparece al frente de la obra, se lamenta el autor del olvido en que se tiene la lengua en que hablaron los Entenas, los Latrias y los Cardonas, y en la que cantaron los celebrados Jaime Roig, Jaime Febrer, Jaime Siurana, Juan Juan, Bernardo Fenollar, Andrés Martí Pineda, Onofre

Contallas, Jaime Gasull y Ausias March; aquella lengua, en fin, que tan alabada fué por el inmortal autor de *Don Quijote*.

Con verdadero y justo dolor exclama Llobart:

«Tal fué por desgracia el predominio de la corona de Castilla sobre la de Aragón (reyes católicos), que ni la lengua que estos hablaban les dejaron aquellos, y poco á poco los castellanos hicieron olvidar á los hijos del antiguo reino de Aragón la lengua que de sus abuelos heredarán, logrando que su literatura no diera señales de vida.»

Elogia luego á los catalanes, que á fuerza de trabajar han podido restaurar un poco su literatura, que es la nuestra, ó mejor dicho, han sabido crearse una completamente nueva.

¿En qué han ayudado los escritores mallorquines y valencianos á sus hermanos de Cataluña en tan patriótica idea? pregunta Llobart, y se responde: En bien poca cosa, en casi nada. ¿Será que la desprecien? No es posible, dice, que ninguno de nosotros reniegue de su lengua nativa, porque eso sería renegar de su madre patria, y no lo creo tan mal nacido.

Cita luego los nombres de varios poetas notables que han escrito en valenciano, y los excita á que ayuden á los catalanes, en la seguridad de encontrar al fin la debida recompensa á su trabajo, y termina diciendo:

«Si yo me encontrara en su lugar haría por ella cuanto pudiera; pero siendo cortas mis fuerzas, no puedo hacer otra cosa que trabajos tan sencillos como el que aparece en esta obra.»

A pesar de la modestia de nuestro amigo, debemos hacer constar que el *Nido de Abejas* revela un gran estudio en primer lugar, y un exquisito gusto después en la elección de originales.

Nosotros, abusando de la amistad que nos une con el autor, vamos á permitirnos transcribir algunos de los epigramas de la obra, elegidos al azar entre los muchos y muy bellos que encierra el *Nido de Abejas*.

«Cuenta la mujer de Gil
que las penas la hacen gruesa,
y cuenta bien, pues Teresa
es mujer de un alguacil.»

CONSTANTINO LLOBART.

«Murio Pepe, y al testar
una manta poseía;
en cambio deudas tenía
más que arecas tiene el mar.
Sus primos, nietos y hermanos
pasaban de veinticinco,
y dijo:—«Consta que á todos
los mejor en tercio y quinto.»

ANDRÉS CODONYER.

—«¡Infame!—¡Vill!—¡Habladora!
—¡Tunat!—Perdición andando...!»
se decían disputando
la Paquilla y Salvadora.
Y el carbonero Ramon
que el caso estaba mirando,
dijo:—«¡Siempre disputando
sin decirse lo que son!»

V. IRANZO Y SIMON.

«Al señor de Monteagudo,
tres veces embajador,
el rey le llamó cornudo
un día de buen humor.

«No sé que soy, responde el cortesano;
solo sé que ante gentes de corona
he tenido el honor, gran soberano,
de ir á representar vuestra persona.»

J. BERNAT BALDOVI.

«Murió el burro de repente
del hijo del tío Tramús,

y al referirlo á la gaita,
llorando, exclamó:—«¡Inocente!
¡Murió sin decir Jesús!»

CONSTANTINO LLOBART.

«A su esposa Margarita,
que ya en cista se encontraba,
encargó Luis á Venancio,
mientras en viaje estaba.

Diez meses tardó en volver,
y él le dijo sin turbarse:
—«Te devuelvo á tu mujer
lo mismo que la dejaste.»

J. F. SAN MARTIN Y AGUIRRE.

«Las hijas de José Parra,
desoscas de bailar,
fueron un ciego á buscar
que tocase la guitarra.

—«¿Quiéren que les toque un tango?»
pregunta el ciego.—«No, quiero,
dice Luisa, que primero
nos toque usted el fandango.»

J. GARCÍA CAPILLA.

«Tiene un burro mi padrino,
que, caminando sin tregua,
tarda seis horas en llegar,
y le llaman Golondrino.»

ANDRÉS CODONYER.

«En el prado de Sentina,
volando Juan la cometa,
le dijo á la Terecota:
—«¡Mira cómo se me empuña...!»

CONSTANTINO LLOBART.

«Ayer, bajo el mismo techo,
Marcelina de Barando
me dijo de amor hablando
que la descubriera el pecho.
El corazón me salió,
y dije:—«Galan ser quiero;
descúbreme tú primero
y en seguida lo haré yo.»

V. IRANZO Y SIMON.

Parécenos que esta obra es digna del favor que el público la dispensa, y estamos seguros que los nobles esfuerzos de nuestro querido amigo Llobart han de ser justamente secundados por todos los amantes de la bella literatura lemosina.

Esperamos que sus autores nos disminuyen si la traducción no está á la altura de sus bellísimos epigramas, pero supla á la inteligencia el deseo que nos ha impulsado de que sus preciosos versos no dejen de ser conocidos de todos nuestros lectores.

La obra constará de 10 á 12 cuadernos de á 16 páginas, al precio de un ella, franco de porte, y en ella se insertarán los más bellos epigramas lemosinos, escritos por los más reputados poetas catalanes, mallorquines y valencianos. Los suscriptores de fuera de Valencia podrán hacerlo enviando 6 rs. en sellos á Constantino Llobart, calle del Mar, 48, ó en las principales librerías.

LISBO.

PRISIONEROS CARLISTAS.

El grabado que damos en la pág. 183 representa los prisioneros de la facción del cura Gomez, de Monteagudo y el *Cordonero*, conducidos á Tudela, á donde serán juzgados.



REVISTA GENERAL.

Cayó por fin el ministerio Sagasta; su caída ha sido tan escandalosa como lo fué su elevación; ha muerto como ha vivido. ¡Era justo!

La vida del ministerio Sagasta había sido una no interrumpida serie de falsos telegramas, de iniquidades, de atropellos y apostasias, y ha muerto por el *extravío*, por la *desaparición*, en fin, de dos millones de reales de las Cajas de Ultramar, depósito sagrado á que el gobierno no podía tocar, porque es el precio de la sangre derramada en las mangas de Cuba por nuestros valientes soldados.

Hagamos historia.

El diputado republicano Moreno Rodríguez preguntó al ministerio en virtud de qué ley y con qué derecho habían pasado esos dos millones de las Cajas de Ultramar al ministerio de la Gobernación, y el Sr. Sagasta se limitó á decir que para *gastos importantísimos*, pero negándose á decir cuáles fueran estos; insistió Moreno Rodríguez presentando una proposición para averiguar la inversión de dicha suma, la cual fué rechazada por 135 votos contra 70.

No se intimidó Moreno Rodríguez, y firme en su propósito, no dejó de preguntar cada día y á cada hora por los *extraviados* millones, auxiliado eficazmente por la prensa independiente y por la opinión pública, justamente indignada por tan grave escándalo.

Asediado por todas partes, el Sr. Sagasta ofreció presentar el expediente instruido para la *trasferencia* de los dos millones, contando con la reserva de los señores diputados.

Jamás los diputados españoles faltaron á su sagrada palabra, y culpa es del gobierno primero y de sus empleados despues, que según el famoso *Puente de Alcorta* han enviado *documentos y cartas de indulto reservada*, si el expediente ha sido publicado.

¿Cómo habían de pensar los diputados *españoles* que el gobierno para justificar lo *injustificable*, esto es, el *extravío* de esos DOS MILLONES, inventaría una ridícula farsa, una calumnia indigna, un tejido grosero de falsedades, en las cuales se envolvería el honor de los partidos y la honra de todos nuestros hombres políticos!

¿Cómo los diputados *españoles* habían de pensar jamás que en esa comedia indigna habían de figurar el banquero Manzanedo prestando sumas fabulosas; Serrano conspirando por el ex-príncipe Alfonso, y Ríos Rosas por Montpensier; el general Rey vendido á los carlistas; Ruiz Zorrilla afiliado á *La Internacional* y preparando el incendio de las fábricas de Barcelona; Castelar dispuesto á robar el numerario del Banco, Pí y Margall la pasta metálica y Orense oponiéndose á ello por ser *accionista*!

¿Cómo guardar reserva ante semejantes calumnias? ¿Cómo era posible la reserva, dice *La Epoca*, ante delaciones tan monstruosas?

El escándalo y la indignación producido por el famoso expediente ha sido tal, que, según es fama, varios personajes de la situación se apresuraron á denunciarlo á D. Amadeo, quien despues de consultar á los Sres. Ríos Rosas y Santa Cruz, presidentes de ambas Cámaras, exigió la dimisión al Sr. Sagasta, el cual se presentó al Congreso á decir que el gobierno se retiraba *porque se había equivocado, y los gobiernos no deben equivocarse nunca*.

Falso; el Sr. Sagasta se *equivocó* cuando las elecciones de Ayuntamientos y no se retiró; el Sr. Sagasta se *equivocó* cuando las elecciones de diputados y no se retiró; el Sr. Sagasta se *equivocó* cuando un expediente ilícito, por DOS MILLONES extraviados; el Sr. Sagasta *cae*

como ha vivido, entre los anátemas de todos; cae envuelto en un expediente que lo ahoga, porque la inmoralidad es la fuerza impulsiva que arroja á los gobiernos al olvido y al desprecio de los hombres honrados, cuando no los obliga á comparecer ante un tribunal ó los arrastra á un calabozo ó á un presidio.

Se dice que el Sr. Zavala será encargado de formar un gabinete compuesto de las dos agrupaciones de la mayoría, es decir, de los Sres. Groizard, Candau, Montejó, Ulloa, Eilduayen, el contralmirante Antequera y Romero Ortiz ó Navarro y Rodrigo.

¡Pobres radicales! Los diarios sagastinos se mofan de ellos y les aconsejan que *moderen su alegría porque no hay para qué*.

Os lo hemos dicho, radicales, y os lo repetimos hoy; D. Amadeo no se acuerda para *nada* de vosotros, y estamos seguros de que no sereis poder *¡jamás!* ¡JAMÁS!

Poco ó nada podemos decir acerca de la insurrección: los carlistas aumentan en Cataluña; el batallón de Mengorria ha sido batido en Oñate, teniendo 170 bajas. Leñona ha sufrido un gran descalabro; se habla de un grave movimiento en Búrgos, y aun del pronunciamiento de un general con algunas tropas; y la *presentación* de los 9.900 carlistas ha resultado filia.

Los diarios *asalariados* proponen quitar sus fueros á los vascongados: ¡vana ilusión, por no decir criminal esperanza! Antes que consentirlo arderían las provincias vascas del Nervion al Bidasoa, de Vitoria á Fuenterabia.

Mas como quiera que los *fueros* son incompatibles con el *carlismo*, porque lo uno es la *libertad* y lo otro la *tiranía*; como quiera que los vascos tienen un *gobierno republicano* y son un verdadero *canton federal*, y á nosotros tratan de imponernos un *rey*, conviene recordáreles que los reyes quitaron sus fueros á las otras provincias, que son eminentemente republicanas y forales, y que si triunfara el *carlismo*, los vascongados perderían tambien los suyos en un plazo no lejano.

En su *fuero* nada hay de rey, ni los vascongados le han conocido *jamás*; ¿á qué, pues, combatir por un rey que no necesitan? Luchen en buen hora por sus fueros y ayuden á las demás provincias á recobrar los que gozaron, para que esas provincias dejen de ser sus enemigos y les ayuden á conservar los suyos.

Los reyes quitaron sus fueros á Castilla en las *Comunidades*, á Valencia en las *Germanías*, á Aragón en el *Justicia Mayor* y á Cataluña en los *Concelleres*: hace poco los vascos han visto impasibles cómo quitaban los fueros á sus hermanos los navarros y nada han hecho para defenderlos: ¡podrán extrañar los *vascos* que no lo defiendan los demás cuando á ellos se los arrebaten? No... Pues bien, abandonen los vascos la causa del *carlismo*, que es la tiranía, y puesto que ellos se gobiernan republicanamente, ayuden á sus hermanos á establecer la República, que les asegura con el *Pacto federal* la continuación y el mejoramiento de sus fueros. Reflexionen los vascos que, si así no lo hacen, es posible que pierdan los fueros, porque si hoy son *cuarenta y seis provincias* en su contra, proclamando la República federal, que es su gobierno, serán *cuarenta y seis provincias* en su *favor*.

¡Vascos, pensad bien y evitad que llegue el día fatal en que, por no haber sacrificado *nada*, contempleis con espanto y horror cómo lo habeis perdido TODO.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.